

Pues siempre me resuelvo que "sí," pero no se lo vaya Ud. á decir á nadie, por que donde lo sepa mi padre, quedamos frescos y es muy capaz de darle una paliza.

Quien de veras lo quiere."

Gil Gómez volvió á escribir esta carta á fin de romper aquellos prosaicos amorios:

"Señorita Doña Manuela:

Pues si de veras me quiere Ud., deme una prenda, como un mechoncito de su cabello, una tumbaga, ó lo que fuere más de su gusto. Cuando veo á Ud. todo mi corazón late; porque me parece que veo á la burra de Balaam.

El de siempre."

Esta galantería nada debió agradar á la señorita Manuela, que por ignorante que fuese, siempre conocía el "símile," pues ya no volvió á presentarse en la ventana á las horas que pasaba Gil Gómez, ni á aceptar ninguna carta suya.

Gil Gómez por otra parte, que no tenía por norma la constancia, en vez de llorar aquel desvío repentino se rió de él y no volvió á pensar más en la señorita Manuela.

Así acabaron al nacer estos poco espirituales amores.



CAPITULO V

UN DESPACHO DEL VIRREY Y VENEGAS

—¡Diablo! repito que te vendría á las mil maravillas un uniforme de teniente, en los Dragones de la Reina, sobrino Fernando: dijo una mañana el Brigadier D. Rafael, que durante los cuatro días que habían transcurrido desde su llegada á la casa de su hermano, no había hecho otra cosa que pasear, cazar y armar grésca todo el día en compañía de Gil Gómez, á quien había tomado una fuerte afición. ¿Qué dices tú de eso, Esteban?

—Me alegraría demasiado que el pobre Fernando, en vez de consumirse aquí en el tedio y la melancolía, disfrutase algo y conociese un poco el mundo, pues al fin mientras yo viva no tiene otra cosa en qué pensar; respondió Don Esteban, á quien lisonjeaba la idea de que su

hijo alcanzase un grado, que en aquella época valía tanto como hoy un generalato.

—¿Qué dices tú de eso, sobrino?

—Daría yo gusto á mi padre, respondió Fernando, que por mucho que sintiera abandonar á Clemencia, no podía menos de lisonjearse, como todos los jóvenes, con una distinción que era tan honorífica en aquella época.

—¿Y si supieras, continuó el Brigadier, que ese soldado, uno de los asistentes que me acompañaban y que ha partido al día siguiente de mi llegada á esta aldea, ha conducido á Jalapa una carta dirigida al señor Virrey Don Francisco Javier Venegas?

—¿Por qué?

—¿Y si pudieras adivinar lo que contenía esa carta?

—Ciertamente que no es muy fácil, dijo Fernando.

—Pues mira, voy á decírtelo en dos palabras, prosiguió el Brigadier: El día en que he llegado, en que he vuelto á ver á mi querido hermano después de una ausencia de treinta años, me he sentido rejuvenecer; he creído volver á los días felices de otra edad, y me he puesto á pensar de qué manera recompensaría el placer que me ha causado esa vista; diciendo para mis adentros: Vamos, Rafael, ya que no tienes otro bien que una

espada, siempre desenvainada en defensa de la justicia y la buena causa; ya que no puedes en nada favorecer á tu querido hermano Esteban, puesto que él es diez mil veces más rico que tú, haz á lo menos algo por tu sobrino, ese bello muchacho Fernando, tan simpático y de una figura tan interesante, alguna de esas cosas que no siempre se consiguen con dinero, y que al mismo tiempo halagan tanto á la juventud; después he pedido á ese locuelo de Gil Gómez papel y plumas, he subido á su cuartito y he escrito una carta al señor Virrey, incluyendo dentro de esa carta, ¿á qué no adivinas qué cosa, sobrino mío?

—No, ciertamente.

—Un despacho en toda forma, de teniente en el mejor cuerpo que hay ahora, según noticias, en la Nueva España; el de Dragones de la Reina.

—¿Y en favor de quién era ese despacho? preguntó Fernando con una ansiedad, que ciertamente no se podrá decir á primera vista si era causada más por el sentimiento que por la alegría.

—¿Cómo! ¿aun no adivinas? preguntó el Brigadier.

—¡Ah! sí, ya comienzo á entender, murmuró el joven en voz baja.

—Pues eso es, á favor del joven Don Fernando de Gómez, cuyo buen nacimiento, excelente conducta, buena pre-

sencia, cortesías modales, etc., etc., se han anunciado en la carta solicitud, que firmó su tío, el Brigadier Don Rafael de Gómez.

—¿De manera que esa carta?... murmuró Fernando.

—De manera que esa carta y ese despacho deben haber sido leídos ya por el señor Virrey, que al momento pondrá su firma al pie del segundo, y como el conductor va advertido de que son papeles interesantes, cuya contestación importa demasiado; acaso á estas horas ya haya salido de Jalapa para volver aquí.

—Pero acaso el Virrey se niegue á firmar ese despacho, así sin ninguna fórmula, con una solicitud que ni el mismo solicitante ha presentado—observó Don Esteban.

—El señor Virrey Venegas nada negará al hombre que ninguna gracia le ha pedido todavía, á pesar de sus ofrecimientos; y más cuando ese hombre le ha salvado la vida en la malograda batalla de Almonacid, libertándole del furor de los soldados de Sebastiani, cuando todos los Generales y hombres que le rodeaban habían huído cobardemente, dejándole aislado á los esfuerzos de la compañía del capitán Don Rafael de Gómez, que protegió su retirada por un estrecho, en el que indudablemente habría

perecido sin ese auxilio, á manos de los rabiosos soldados franceses que le perseguían; dijo el Brigadier con ese orgullo del militar honrado y valiente, que sin jactarse de los servicios prestados á sus jefes, ni hacer mérito de ellos, los recuerda, sin embargo, cuando se presenta la ocasión.

Fernando permanecía silencioso.

—Vamos, ven á mis brazos, sobrino querido, continuó el Brigadier jovialmente, estrechando al joven con efusión en sus brazos. Ya verás, partiremos juntos al mes de haber permanecido por me-
—será fórmula en las milicias, serás nombrado oficial de la corte del señor Virrey, y entonces vivirás á mi lado, te cuidaré como á un niño, serás el oficial más elegante y más mimado de la corte; suspirarán por ti las damas, y de tiempo en tiempo vendremos á pasar algunas semanas en la hacienda; cada vez que vuelvas, vendrás con una graduación más.
—Bravo! viva la vida de militar; que por más que digan es lo mejor que hay.

Los tristes pensamientos que Fernando había experimentado, al sentimiento de una separación de Clemencia, se disiparon al aspecto de aquel porvenir tan brillante, tan color de rosa que su tío le presentaba: después en sus corazones de amante había también encontrado siempre un eco la vanidad y la ambición del

hombre. Además, ¿acaso perdía á Clemencia? por el contrario, luchando con las seducciones del mundo, iba á hacerse más digno de ella; en pocos años adquiriría un nombre, distinciones, méritos á que poner á sus pies, y entonces se uniría á ella para no volverse á separar jamás; la ausencia encendería y avivaría más el fuego de su pasión, que tal vez la costumbre, y las pocas dificultades, podrían llegar á entibiar, si no á apagar completamente.

Así pensó Fernando. Dulce privilegio de la juventud, que entre cien esperanzas halagadoras que le sonríen á la vez, bien puede dejar perder una, segura que antes que las espinas del desengaño lastimen su planta, todavía encontrará muchas flores en el camino de la vida!

¿Qué pasó aquella noche entre Fernando y Clemencia? ¿Quién sabe! Nosotros no podemos decir más, que la niña entró llorando á su habitación, y que Fernando y Gil Gómez volvieron á la hacienda á las dos de la mañana, es decir, dos horas más tarde de lo que acostumbraban hacerlo en las citas en el jardín del Doctor.

En la mañana del 3 de septiembre, es decir, dos días después de la conversación que hemos referido, se oyeron en el patio de la hacienda las pisadas de un ca-

ballo, que entraba precipitadamente, y el ruido de un sable sobre las losas.

Don Rafael, al ruido aquél, que tan bien conocía, salió á los corredores y vió apearse del caballo al soldado que hacía sólo tres días había enviado á Jalapa con la carta del Virrey, y que sin desmontar al animal, subió, sudoroso y pálido por la precipitación y la fatiga, y pudo violentamente en sus manos un pliego que extrajo de su piqueta, donde parecía haberlo ocultado.

Don Rafael le tomó con violencia. Decía el sobre:

Al señor Brigadier de las milicias de la Nueva España, Don Rafael de Gómez. — (“Urgente.”)

Rompí el sello, y al leer en el primer renglón “Reservada,” dejó al soldado, que casi próximo á desmayarse esperaba de pie y descubierto delante de su jefe.

—Retírate un momento á descansar; pero ¿cuándo has salido de Jalapa?

—Ayer en la tarde, respondió el soldado; pero he corrido noche y día sin parar.

—¿Por qué?

—Porque el mismo señor Virrey ha hablado conmigo y me ha dicho que importaba que su merced leyese ese pliego lo más pronto posible.

—Está bien, ve á descansar, dijo Don Rafael retirándose á su habitación, y cerrando la puerta por dentro, se acercó á Gil Gómez. —12

la ventana, separó después de haberlo recorrido ligeramente, el segundo pliego que dentro del papel venía, y leyó lo siguiente:

“Muy estimado señor Brigadier:

“Por los señores Don Juan Antonio Yandiola y Don José Luyando he tenido aviso de la conspiración que ha sido descubierta en Querétaro, y en la cual está interesado el Corregidor Domínguez y algunas otras personas influyentes: parece además que esa conjuración tiene ramificaciones extensas en las provincias de Guanajuato y Querétaro, y mucho me temo un alzamiento en toda la Nueva España. En mal tiempo hemos llegado á este país; pero ya no hay más que luchar con las circunstancias y vencerlas, si es posible. Yo estoy resuelto á todo, y en este mismo instante salgo de esta ciudad para ponerme de acuerdo en Puebla de los Angeles con el señor intendente Flon. Pero como no tengo ninguna confianza en las personas que me rodean, desearía, mi amado Brigadier, que me sacrificaseis, como tantas veces lo habéis hecho, el tiempo de descanso que os he concedido, y que os uniéseis á mí, antes de llegar á la capital, adonde me debo encontrar del 13 al 14 de este mes. Quiero tener á mi lado en circunstancias tan di-

ficiles á un militar tan leal y tan valiente como vos. En cuanto al despacho para vuestro sobrino, ya va firmado, como veis; sólo algunas semanas hará su noviciado en las milicias, y después le haré venir á formar parte de mi guardia de honor; pero para que no se califique este acto de favoritismo, haced que al momento se dirija á su destino, que según me han informado, es en San Miguel el Grande, en la provincia de Guanajuato, en la compañía de guarnición que está á las órdenes del capitán Don Miguel Allende, á quien se deberá presentar con su despacho, y á quien en este momento se libran las órdenes convenientes.

“Jalapa, 1810.

FRANCISCO JAVIER VENEGAS.”

Al acabar de leer el Brigadier la carta del Virrey, la guardó con precaución; tomó el despacho de su sobrino y salió al corredor. El soldado, que los había conducido, no había tenido fuerzas más que para descender la escalera y dejarse caer en un corredor del piso bajo, donde dormía profundamente; su compañero desensillaba su fatigado caballo.

— ¡Hola, cabo! llama á uno de los mozos de la hacienda para que cuide de ese animal, y tú en el momento ensilla mi caballo y el tuyo; pon á la grupa mi ma-

leta; pero todo como un rayo, porque dentro de un cuarto de hora partimos. En cuanto á ese soldado, dijo Don Rafael, le dejarás dicho que luego que haya descansado, parta á unirse con nosotros en México.

—Está muy bien, mi jefe, dijo el soldado, corriendo á ejecutar lo que se le mandaba.

Don Esteban, Fernando y Gil Gómez, habían salido, al ruido, á los corredores.

—¿Cómo! ¿por qué vas á partir? dijo Don Esteban, que había escuchado las órdenes de su hermano.

—Hermano mío! los dos meses se convirtieron en cuatro días; pero ese soldado me ha traído una carta del señor Virrey, en la cual me ordena que parta inmediatamente á unirme con él. Ya lo ves, sobrino, cómo era cierto cuanto te había dicho, continuó el Brigadier, poniendo en manos de Fernando el despacho que dentro de la carta había venido.

Mientras que Fernando y Gil Gómez leían el despacho, Don Esteban preguntó á su hermano:

—¿Por qué causa quiere el señor Virrey tenerte á su lado?

—¿No te lo había dicho ya, Esteban? respondió el Brigadier en voz baja; se ha descubierto una conspiración en Querétaro, y el señor Virrey teme también un alzamiento en todo el país.

—¡Dios nos valga! exclamó el hacendado.

—Siento que Fernando éntre á la milicia bajo estas circunstancias; pero en el último caso yo conseguiré su retiro, como he conseguido su nombramiento. Además, el señor Virrey me dice que para que forme pronto parte de su Guardia de Honor, es necesario que inmediatamente se dirija á San Miguel el Grande, donde es su deseo que sólo permanezca unas semanas, para salvar las apariencias y acallar la maledicencia; de manera que ya que no puede ir conmigo en este momento, haz que parta mañana mismo ó pasado.

—Oh! exclamó Don Esteban; luego que Fernando esté á tu lado en México, ya nada temeré por él, porque tú lo cuidarás mucho, ¿no es verdad?

—Como á un hijo; acaso más que tú, respondió el Brigadier enternecido; y luego para disimular su emoción, continuó dirigiéndose á Fernando:

—Conque, ¿qué dices tú de eso, sobrino?

—Está muy bien, tío mío; y ¿cuándo debo partir? dijo Fernando.

—Mañana mismo te dirigirás á San Miguel el Grande, en la provincia de Guanajuato, y entregarás ese despacho á... ¿á quién? dijo el Brigadier abriendo la carta del Virrey para volver á leer

el nombre designado; al Capitán Don Miguel de Allende, á cuya compañía vas destinado, por un poco de tiempo; después yo te escribiré cuando el señor Virrey determine que vayas á nuestro lado.

Fernando apuntó en un papel el nombre del pueblo y el del militar, y guardó cuidadosamente su despacho.

—Pues ahora, dijo el Brigadier con un acento jovial para ocultar la emoción, ahora, hermano mío, ¿quién sabe hasta cuándo nos volvamos á ver! ¿quién sabe lo que va á pasar en este país! yo, mexicano por nacimiento y por afecciones de familia: español por costumbre y por gratitud, me encuentro en una posición harto afflictiva; pero de cualquiera manera, mi espada no se desenvainará sino para defender la buena causa, la causa de la justicia y del honor, y creo que nuestro cariño nunca se debilitará por rencores de partido; ¿no es verdad, Esteban?

El hacendado no respondió; y los dos hermanos se abrazaron en silencio, contentiéndolos los sollozos que estaban á punto de estallar.

El asistente subió á avisar que ya todo estaba pronto.

Don Rafael se desprendió de los brazos de su hermano: estrechó igualmente entre los suyos á Fernando, recomendándole el cumplimiento en el servicio,

y sobre todo, su pronta partida; y luego dirigiéndose á Gil Gómez, le dijo:

—Amiguito, mil gracias por las compañías y los buenos consejos de cacería; no sé por qué me parece que nos hemos de volver á ver muy pronto; pero de todos modos, estreche Ud. esta mano y cuente conmigo para siempre.

—Mil gracias, señor Brigadier, dijo Gil Gómez.

—Pues ahora, ¡hasta otra vista!

—¡Adiós! respondieron todos.

Y cinco minutos después, el Brigadier y su asistente galopaban en dirección á la capital de Nueva España.

—¡Qué franco y qué valiente! ¡de buena gana combatiría yo bajo sus órdenes! exclamó Gil Gómez entusiasmado.

—Si tú amaras como yo, dijo Fernando en voz baja, no sería tan grande tu alegría.

Aquella tarde, mientras que Fernando disponía con una triste lentitud los preparativos de su viaje; mientras que Gil Gómez se paseaba por los corredores de la hacienda triste y pensativo, acaso por primera vez en su vida, Don Esteban se dirigía á la casa del Doctor Fergus; llamaba á la puerta de su estudio, y después de haberse saludado cordialmente y tomado asiento, se entablaba entre ambos el siguiente diálogo:

—Doctor, dispéñeme Ud. que lo inte-

rumpa en sus estudios, viniéndole á visitar á una hora no acostumbrada entre nosotros.

—Nunca interrumpes ni es molesto un amigo como Ud., señor Don Esteban.

—Además, esta visita tiene mucho de negocio, Doctor.

—Me alegraría de poder servir á Ud. en algo, mi querido amigo.

—Mi hijo Fernando parte mañana á San Miguel el Grande, al ejército donde va destinado, dijo Don Esteban.

El Doctor Fergus miró fijamente á su amigo, y su mirada de costumbre radiosa é inteligente, se veló con una nube de tristeza: como padre temió por su hija; como filósofo y observador del corazón humano, sabía lo que es una ausencia en materia de amor; y como hombre, sabía que la mujer lleva la peor parte en esas separaciones; pero como caballero y hombre de honor, no quiso hacer comprender aún á su mejor amigo, que aquellos pensamientos habían cruzado por su mente, y se limitó á decir con un acento en el que mal se ocultaba el desconsuelo:

—¡Ah! ¿Conque Fernando parte mañana?

—Sí, Doctor; ya Ud. ve que ha cumplido veintiún años y que teniendo algunos recursos con que poder vivir desahogado el resto de su vida, aun cuan-

do yo le falte, es necesario que deje esta vida casi ociosa que aquí lleva; que se enseñe á luchar con las circunstancias, á sufrir un poco; en fin, es necesario que adquiera algún mundo, que sea menos niño, para no poder ser engañado con tanta facilidad el día que se encuentre ya sin mi consejo.

—Mal consejero es el mundo para un joven de veinte años, separado del hogar paterno, observó el Doctor.

—Pero reflexione Ud., amigo querido, que si yo faltase de un día á otro, como es necesario que suceda, ¿qué sería de ese niño, dueño de algunos intereses; ciego al deslumbramiento de la pompa del mundo, no sabiendo cerrar sus oídos á los sonidos engañosos de la adulación y de pasiones interesadas? ¿no cree Ud. acaso que se lanzaría ávido de gozar de esos halagüeños placeres, cuyas delicias nunca probadas tanto le brindaban? ¿que teniendo en sus manos el medio de comprar goces que no conocía, en un instante dilapidaría su patrimonio en la prostitución para caer después en la degradación y la miseria?

Yo he observado ese resultado en todos los jóvenes que han quedado entregados á esas circunstancias.

El Doctor iba tal vez á desvanecer este segundo argumento; pero se detuvo, por

temor de hacer creer que el interés de su hija le movía á ello y sólo dijo:

—En fin, Ud. como padre, sabe mejor que yo lo que debe hacer, pero.....

—No prosiga Ud., Doctor, ya comprendo todos sus justos temores; Fernando y Clemencia se aman.

—Eso no es un secreto para nosotros, amigo mío.

—Usted teme y con razón, por su hija, Doctor.

—Me ha evitado Ud. la pena de decirlo.

—Pues, ¿qué piensa Ud. de esta partida?

—Creo que hasta cierto punto es necesaria; pero auguro mal de ella.

—¿Por qué?

—Por la experiencia, tal vez por un presentimiento; pero no creo que á un simple presentimiento se le dé tanta importancia, cuando se trata acaso de la felicidad de un hombre.

—¿No cree Ud., Doctor, que tres ó cuatro años de ausencia avivarán más el fuego de esa pasión?

—¿Me pide Ud. francamente mi opinión, Don Esteban?

—Francamente.

—Pues bien; creo que ese amor morirá con la ausencia.

—¡Oh! ¡Dios no lo quiera!

—Creo que esa muerte será en mal de mi pobre hija; Fernando, además de ser

hombre, va á encontrar nuevos objetos, á recibir nuevas impresiones, á contraer tal vez nuevos afectos; pero Clemencia es mujer y se queda aquí aislada con sus recuerdos, que se avivarán más y más con la contemplación de los mismos objetos; se queda aislada sin que su pasión imposible se borre por otras impresiones.

—Pienso que son algo infundados los temores de Ud., Doctor.

—Permítalo el cielo.

—Hagamos entonces otra cosa.

—¿Cuál?

—Si esa niña Clemencia sufre demasiado, como Ud. lo cree, esa ausencia cesará, y mi hijo se vendrá á unir á ella, tal vez antes del tiempo en que ese matrimonio debía haberse verificado, con lo cual habrán ganado ellos y nosotros también.

—Es el único recurso que queda. ¿Me da Ud. palabra de que así lo hará, Don Esteban?

—Palabra de caballero, Doctor.

—Está bien; esa promesa me consuela un poco.

Y después de haber conversado otro rato de diversos asuntos, los dos amigos se despidieron cordialmente, prometiendo volverse á ver muy pronto.

—¡Oh! dijo el Doctor dejándose caer abatido en su sillón, después de haber acompañado á Don Esteban hasta la

puerta. ;Necia humanidad! ;A la calma del placer le llamas ociosidad! ;te hastía que los pesares del mundo no hayan desgarrado tu corazón, dejas el fértil vergel y corres alegre á precipitarte en el abismo!

¡Miseria humanidad! ;Mal te comprendes todavía!



CAPITULO VI

¡ADIOS!

Si el lector tiene buena memoria, recordará que hemos dejado en el capítulo primero á Gil Gómez, después de haber vencido á "Leal" en lucha de astucia, corriendo á dar parte á Fernando del resultado de su misiva.

Era la media noche: la luna después de haber luchado durante algún tiempo con las nubes que intentaban velar su brillo, había aparecido por fin, fulgorosa y radiante, iluminando con su, cuanto pálida, suavísima luz, la extensión de los silenciosos campos de San Roque: Fernando y Gil Gómez, después de haber descendido del ventanillo del aposento del último, salvaron con precaución la pequeña tapia que limitaba el jardín de